

En ese momento se dejó oír un ruido leve junto á la puerta.

La persona que acababa de entrar y que permanecía oculta en la sombra, descolgaba también una de las armas suspendidas en forma de trofeo bajo los antiguos retratos de familia.

Solamente separaban á Marta desmayada de René algunos pasos.

Este inclinó la cabeza sobre el pecho y marchó hácia su mujer diciendo en voz alta:

—Primero ella, luego yo.

En su acento como en su rostro había una sombría determinación.

Pero como á la vez levantase la cabeza para ver y la mano para herir, vió entre él y su víctima un hombre.

Era el tío Juan, que dejaba observar su elevada estatura, encorvada por la vejez, y que permanecía de pié con la espada en la mano delante de Marta.



VI.

LA HORA DEL DESTIERRO.

En ese hombre de apostura arrogante y robusta que se erguía con la espada elevada delante de la pobre mujer, reconoció René de Penhoel al momento al pobre tío Juan. Estaba tan habituado á ver encorvarse la fisonomía del buen anciano, humilde y dulce, sobre su pecho, que creyó en el primer momento soñar.

Retrocedió un paso, agitando la espada como si hubiese querido hacer desaparecer el fantasma.

Su espada encontró la de Juan de Penhoel, produciendo ese ruido de hierro que despierta como el eco de un clarín.

La luz de la lámpara caía á plomo sobre la frente del anciano, coronada por sus cabellos tan blan-

cos como la nieve. Su mirada era triste pero firme. Al ruido de las dos espadas que se chocaban se había encendido un vivo fuego en su pupila.

Entonces se veía que Juan de Penhoel, el pacífico y buen anciano, había debido llevar con arrogancia y dignidad en otra época el nombre de sus padres.

René permaneció un instante contemplándole.

—Idos, dijo al fin, y no me tenteis, porque si no fuese esta la hora de mi muerte, tendría también que arreglar con vos una cuenta, tío.

El anciano guardó silencio.

—¡Idos pues! repitió René, cuyos dedos se crispaban en torno de la empuñadura de la espada.

El tío Juan no respondió.

Sus grandes ojos azules se fijaban tranquilos y resignados sobre el rostro descompuesto de su sobrino.

La espuma asomaba á los labios del señor de Penhoel.

—¡Idos pues! repitió por tercera vez; ya sabéis que esa mujer es culpable, y que los hijos de Penhoel no tienen mas que una manera de hacerse justicia.

—Sé que vuestra mujer es una santa, respondió al fin el tío Juan con su voz dulce y penetrante, y sé también que mi deber es detener la mano del hijo de Penhoel que va á cometer un cobarde asesinato.

René blandió su arma lanzando un rugido.

—¡Yo soy el amo, exclamó; atrás ó sois muerto! Y se lanzó sobre su contrario.

El tío Juan permaneció derecho y firme. Su mano hizo apenas un imperceptible movimiento y la espada de René cayó sobre el pavimento.

René la recogió blasfemando y volvió á la carga; pero en vano multiplicaba sus furiosos golpes: hubiérase podido decir que atacaban á un muro de piedra.

El tío Juan no se movía. Veíase siempre su mano alta variar la dirección de la espada al aproximarse á su pecho. Concretábase á parar sin dirigir el menor golpe.

René jadeaba. Brillaba el sudor en su frente. Momentos después se apoyó fatigado en la pared.

—¡Ah! dijo haciendo rechinar sus dientes; lo que estais haciendo es sin duda para pagar los beneficios que de mi padre y de mí habeis recibido; ¿no es así, Juan de Penhoel?

—Proporcionéme Dios la ocasión de morir por vos, sobrino mío, replicó el anciano, cuya respiración era siempre igual y tranquila, y entonces podreis ver si soy un ingrato.

René, fingiendo un estremado cansancio, le acechaba á hurtadillas. Cuando creyó el momento favorable se lanzó sobre él de un salto, tirándolo á fondo con ímpetu. El tío Juan recibió el choque sin moverse, y la espada del señor de Penhoel saltó de sus manos por segunda vez.

Quiso bajarse para recogerla; pero había agota-

do cuantas fuerzas le quedaban en aquel último golpe. Su pesada cabeza hizo doblegar el cuerpo y cayó como exánime sobre el pavimento, de donde no se levantó mas.

La excesiva fatiga del combate, la emoción, la embriaguez llegada á su colmo, se reunían en él para sujetarle en el suelo inerte é incapaz de hacer el menor movimiento.

El tío Juan colocó su espada, pasando el dorso de su mano por la frente, donde brillaban algunas gotas de sudor. Su mirada se elevó al cielo para dar gracias á Dios; luego se arrodilló junto á Marta, cuya cabeza descolorida y trémula entonces, sostuvo entre sus manos.

Marta recobró los sentidos. Pronunció el nombre de Blanca, porque volvía á recobrar con la vida la memoria.

—Ya la encontraremos, hija mía, dijo el tío Juan.

La mirada de Marta recorrió la estancia, permaneciendo fija en el hueco que antes ocupaba el retrato de Luis de Penhoel.

—Lo recuerdo, murmuró.... ¿Por qué no me ha muerto?

El tío Juan la estrechó contra su corazón.

—Ya la encontraremos, dijo otra vez; os prometo que la encontraremos.

Tenia buenas palabras para consolar y hacer concebir una esperanza que él mismo no conservaba, porque desde las ventanas de su habitación ha-

bia visto á Roberto llevar su carga á través del jardín y bajar en seguida á galope el camino que conducía á la barca.

Su primer movimiento había sido perseguir al raptor, porque la escalera puesta en la ventana del Ángel le hacía comprender todo; pero cuando llegó á Port-Corbeau había pasado ya Roberto el Oust y corría á todo escape por el camino de Redon.

El que Vicente de Penhoel había encontrado al volver al castillo entre las malezas y á la altura de la aldea de Bains, era Roberto.

Mientras el tío Juan subía tristemente la colina, aguijoneaba Vicente su caballo para que pasara pronto el terreno que le separaba de su familia. Tenía grandes deseos de llegar. Hacia seis semanas que no había recibido noticia alguna del castillo. Entonces mientras atravesaba animado por Redon, habían movido tristemente la cabeza todos aquellos á quienes había preguntado por Penhoel.

Había un sitio en la villa donde siempre se sabía cuanto pasaba en Penhoel. Vicente había entrado en la posada del Carnero Coronado; pero desde por la mañana había cambiado de dueño el establecimiento: el anciano Gerand y su mujer, arruinados ambos, se habían retirado á San Nicolás, de la otra parte del Vilaine.

Vicente tenía en el fondo del alma un doloroso presentimiento. Pero al mismo tiempo palpitaba su corazón de alegría. ¡Cuan bella debía estar!

Esta brusca vuelta no anunciada por nadie iba á hacer asomar á sus lábios una encantadora sonrisa, y una lágrima en sus grandes ojos azules.

Desde que Benito Haligan era demasiado viejo para desempeñar su oficio de barquero, se habia puesto al otro lado del rio una campanilla que llegaba hasta el castillo.

Al bajar del caballo corrió Vicente al embarcadero; allí encontró la barca, que habia servido para pasar á Roberto.

En lugar de agitar la campanilla saltó Vicente en la barca, no tardando en encontrarse en la orilla opuesta. En el momento en que tocaba la ribera hirió su vista la débil luz que alumbraba siempre en aquellas horas la cabaña del pobre Benito. Subió corriendo el pequeño sendero y penetró en la cabaña.

—Que Dios os bendiga, Penhoel, le dijo Haligan al trasponer el dintel; va á venir la tempestad.... siento los dolores de mi pobre cuerpo.

—¿Qué hay de nuevo en el castillo? preguntó Vicente tímidamente.

—El castillo permanece en pié, hijo mío, replicó Benito, que permanecía inmóvil, acostado y con los ojos en la techumbre ahumada de su cabaña.

Vicente respiró.

—Temia.... murmuró.

Luego añadió con alegría:

—¿Cómo está mi padre?

—Tu padre se encuentra como un hombre arrojado de su último asilo, respondió Haligan.

Vicente retrocedió estupefacto.

—¿Qué, exclamó Vicente, ha echado Penhoel á mi padre?

—Hijo mío, prosiguió el barquero, Penhoel no puede dar asilo á nadie, porque también él ha sido echado del castillo.

—¡Oh! exclamó Vicente, que no podia dar crédito á sus oídos; ¿y la Señora?

—Echada.

—¿Y mis hermanas?

Benito se persignó.

—¡Muertas! murmuró.

—¡Muertas! repitió Vicente cayendo de rodillas: ¡hermanas mías!... ¡pobres hermanas mías! ¿Y Blanca?

Benito tardó en responder.

—Penhoel, dijo al fin, ¿habeis encontrado en vuestro camino un hombre á caballo?

—Sí, balbuceó Vicente.

—¿No llevaba aquel hombre un bulto entre sus brazos?

—¡Sí!....

—Pues bien, prosiguió Haligan, aquel bulto era Blanca, vuestra prima.

Vicente lanzó un grito desgarrador.

El barquero se habia vuelto en su lecho.

Al cabo de algunos segundos se levantó de un

Esta brusca vuelta no anunciada por nadie iba á hacer asomar á sus labios una encantadora sonrisa, y una lágrima en sus grandes ojos azules.

Desde que Benito Haligan era demasiado viejo para desempeñar su oficio de barquero, se habia puesto al otro lado del rio una campanilla que llegaba hasta el castillo.

Al bajar del caballo corrió Vicente al embarcadero; allí encontró la barca, que habia servido para pasar á Roberto.

En lugar de agitar la campanilla saltó Vicente en la barca, no tardando en encontrarse en la orilla opuesta. En el momento en que tocaba la ribera hirió su vista la débil luz que alumbraba siempre en aquellas horas la cabaña del pobre Benito. Subió corriendo el pequeño sendero y penetró en la cabaña.

—Que Dios os bendiga, Penhoel, le dijo Haligan al trasponer el dintel; va á venir la tempestad... siento los dolores de mi pobre cuerpo.

—¿Qué hay de nuevo en el castillo? preguntó Vicente tímidamente.

—El castillo permanece en pié, hijo mío, replicó Benito, que permanecía inmóvil, acostado y con los ojos en la techumbre ahumada de su cabaña.

Vicente respiró.

—Temia... murmuró.

Luego añadió con alegría:

—¿Cómo está mi padre?

—Tu padre se encuentra como un hombre arrojado de su último asilo, respondió Haligan.

Vicente retrocedió estupefacto.

—¿Qué, exclamó Vicente, ha echado Penhoel á mi padre?

—Hijo mío, prosiguió el barquero, Penhoel no puede dar asilo á nadie, porque también él ha sido echado del castillo.

—¡Oh! exclamó Vicente, que no podia dar crédito á sus oídos; ¿y la Señora?

—Echada.

—¿Y mis hermanas?

Benito se persignó.

—¡Muertas! murmuró.

—¡Muertas! repitió Vicente cayendo de rodillas: ¡hermanas mías!... ¡pobres hermanas mías! ¿Y Blanca?

Benito tardó en responder.

—Penhoel, dijo al fin, ¿habeis encontrado en vuestro camino un hombre á caballo?

—Sí, balbuceó Vicente.

—¿No llevaba aquel hombre un bulto entre sus brazos?

—¡Sí!...

—Pues bien, prosiguió Haligan, aquel bulto era Blanca, vuestra prima.

Vicente lanzó un grito desgarrador.

El barquero se habia vuelto en su lecho.

Al cabo de algunos segundos se levantó de un

salto Vicente, pasó de nuevo el río y montó á caballo.

Iba á perseguir al raptor de Blanca y ni siquiera sabia su nombre. El raptor volvia en aquel momento hácia el castillo al trote corto de su montura.

Roberto de Blois habia robado á Blanca por su propia cuenta y á pesar de Pontalés. Era el resultado de una idea fija. En su concepto habia vuelto Luis de Penhoel, ó al menos no podía tardar mucho en llegar.

Los rumores que sobre este asunto corrian en el país, tomaban cada dia mas consistencia. Hasta se referian ya pormenores. Decíase que el Primogénito traia de las colonias una fortuna mas que considerable. Hasta habia personas que señalaban la suma á que ascendia aquella fortuna.

Con el robo de Blanca pensaba Roberto procurarse un excelente recurso. Conociendo á fondo la historia íntima de los Penhoel, y sabiendo las relaciones que entre Marta y Luis habian existido, se decia: si este buen hombre es verdaderamente rico, el Angel se llevará la mayor parte de su fortuna. ¡Ah, vivan los tios de América!

Hubiera encontrado fácilmente un pretexto cualquiera para alejar á Marta; pero la casualidad se encargó de evitarle este trabajo. Marta, que desde la caida de la noche espiaba una ocasion para trasladarse al cementerio de Glenac, salió, como ya hemos visto, con este objeto.

Roberto aprovechó la ocasion, y como la puerta

estaba cerrada con dos vueltas de la llave, puso una escalera contra la ventana comenzando el asalto.

El Angel dormia. Al despertar se encontró entre los brazos de un hombre cuyo rostro no podia ver, y que la llevaba envuelta entre las sábanas del lecho. El espanto que esperimentó fué demasiado violento para su debilidad; apenas tuvo tiempo de arrojar un grito que ahogaron los paños que la cubrian, y perdió el conocimiento.

Todo parecia favorecer el rapto; pero en el momento en que Roberto cargado con su presa ponía el pié en el jardín, se encontró frente á frente con el señor de Penhoel.

Roberto, que por una casualidad estaba armado, no pensó hacer uso de sus armas. Hubo entre él y René una escena corta y característica.

René, sin embargo de lo mucho que se habia degradado, conservaba la energía necesaria para defender á su hija aun contra el mismo Roberto; pero este último dominaba, por decirlo así, cada fibra de su ser.

No se desconcertó y respondió á la primera pregunta de René descubriendo el rostro de Blanca.

Luego dijo:

—La robo... pero creedme, Penhoel, no os interesa nada.

Esto era herir de primer golpe el flanco descubierto. Hacía tres años que Roberto trabajaba para envenenar las sospechas que existian en el

fondo del corazón de René: la empresa estaba casi terminada; faltaba apenas una calumnia.

Blanca fué depositada en un banco de césped. Roberto sacó de su bolsillo la cartera que contenía las dos cartas que ya hemos leído y que él había robado, una á Marta y otra al mismo René.

Aparentó buscar algunos pasajes y descifrar algunas líneas. Naturalmente encontraba en las cartas cuanto quería.

Habló entre otras cosas frases improvisadas por él mismo, y que se referían á la aparición de Luis de Penhoel en el país algunos meses antes del nacimiento de Blanca.

Penhoel sentía una especie de placer salvaje al convencerse del pretendido crimen de su mujer.

No dudaba.

Roberto tenía razón. ¿Qué le importaba á él, Penhoel, el robo de aquella hija del adulterio?

Estaba ya medio embriagado y demostró la mayor fanfarronería vendiendo la niña por las dos cartas.

Un caballo esperaba en la verja del jardín: Roberto partió á escape, llevando á Blanca, siempre desmayada, á la antigua caverna de Bibandier, porque no conocía en todo el país una casa que hubiera querido favorecer el rapto de una hija de Penhoel.....

René subió al salón para leer á su placer las cartas conquistadas. Aplaudíase su obra, triunfando de sí mismo. En el salón encontró á Mr. Protasio

Le-Hivain, apellidado Macrocéfalo, que le acogió con saluciones mas respetuosas todavía que las que de ordinario acostumbraba hacerle.

Cuando hubo terminado de saludar entró Macrocéfalo en materia, diciendo que la pasión mas querida de su vida era hacerse partir en mil pedazos por servir al señor de Penhoel.

En su consecuencia, se había encargado de un mensaje muy enojoso con objeto de suavizar en parte los términos de la medida.

El mensaje de Mr. Protasio Le-Hivain, apellidado Macrocéfalo, se reducía en sustancia á que René había vendido por contrata en debida forma y sin condición de ningún género las tierras de su nombre al señor marqués de Pontalés para entrar en seguida á disfrutar de ellas.

—Consecuentemente, prosiguió Macrocéfalo, mi señor de Penhoel no debe admirarse de que mi dicho señor de Pontalés le haga significar por la presente, ó mas bien, rectificó el abogado, lo dé políticamente á entender, porque yo no soy un escribano á Dios gracias, que es preciso desalojar ó abandonar estos lugares, ó por mejor decir, largarse lisa y llanamente, y esto en el plazo mas breve posible, conforme espresa la escritura.

Penhoel escuchaba con la cabeza elevada y la mirada fija. Parecía no comprender.

Roberto y Pontalés despues de haber puesto en juego para con él todas las mentiras y amenazas, habían dado el gran golpe la noche de San Luis.

Habíanse entregado á Mr. Le-Hivain los papeles robados por Elena y Diana y recuperados por Bibandier. Estos eran materiales falsos: René había contrahecho la firma y rúbrica de su hermano, y dado supuestos poderes con el objeto de vender el patrimonio de Luis, que creía muerto.

El verdadero instigador de estos actos criminales era Mr. Protasio Le-Hivain, impulsado por Roberto y Pontalés; pero la justicia no conocía más que al culpable de hecho.

La mano que había trazado aquellas firmas era la de René.

Debió ceder.

Ya no poseía una pulgada de tierra.

—Como el señor vizconde puede comprender, replicó Macrocéfalo aparentando una dulce sonrisa, he hecho cuanto he podido por sacarle de esta... pero nada se ha podido hacer, nada he podido conseguir... mis esfuerzos no han obtenido mas que un plazo conveniente.

—¿Cuál? preguntó Penhoel, que todavía no había pronunciado una palabra.

—Gracias á mí, replicó Macrocéfalo, tiene el señor vizconde una hora para hacer todos sus preparativos de marcha.

René hizo un gesto de indignacion.

—Permitid, replicó el abogado; haré observar respetuosamente al señor vizconde que el castillo ha sido vendido con todo cuanto encierra. En su consecuencia, como el señor vizconde no puede lle-

varse absolutamente nada, le bastará una hora para arreglar sus asuntos.

Macrocéfalo se había complacido en encubrir con un aire humilde y contrito la péfida alegría que experimentaba al desempeñar este mensaje.

—Salid, dijo René.

—Perdóneme el señor vizconde si no le obedezco inmediatamente como es mi obligacion.

Pero no ha acabado aún mi comision.... La persona que me envía hácia vos, señor vizconde, desea veros establecido á buena distancia del partido de Glenac, para evitar los conflictos naturales que su presencia pudiera suscitar. Estoy tambien encargado de notificar al señor vizconde que todo aldeano ó colono de Penhoel ó Pontalés que le abra la puerta de su casa, será inmediatamente despedido.... El señor vizconde es muy generoso para esponer á esos pobres diablos á tan escesivos perjuicios.

—¡Salid! repitió Penhoel, cuya paciencia tocaba á su término.

Mr. Le-Hivain tuvo miedo al ver que se arqueaban las cejas de René.

Manifestó por última vez su deseo de dejarse desuartizar por el servicio del señor vizconde, y llegó á la puerta andando de espalda y saludando á cada paso que daba hasta casi tocar el suelo.

Trasladóse á la estancia del tío Juan para hacerle la misma notificacion.

Solo ya Penhoel, permaneció durante algunos se-

gundos anonadado bajo el golpe que le heria. Hasta entonces habia cerrado los ojos voluntariamente para no ver las consecuencias de su ruina. Al cabo de algunos minutos reemplazó al abatimiento que le anonadaba una cólera sorda. Una amarga sonrisa iluminó su silencioso rostro. Acababa de pensar en Marta.

Se levantó.

—Ella, murmuró, ella es la que causa todo esto.... Por una hora soy aún el señor de este castillo.

Tiempo tengo para vengarme.

Entonces fué cuando se trasladó á la habitacion del Angel.

En el salon sostenia á Marta, que habia recobrado ya los sentidos, pero que permanecia bajo el peso de un anonadamiento terrible, el tio Juan de Penhoel.

—Es preciso recobrar las fuerzas, Marta, decia el anciano, porque aun no han terminado todas las pruebas por que habeis de pasar.... La desgracia ha caído sobre nuestra casa, y cualquiera cosa que haya hecho René, vuestro marido, debeis ayudarle. Marta, procurad consolarle en su afliccion.

Antes que Juan de Penhoel hubiera tenido tiempo para explicarse mas, dió las once de la noche la péndola. El timbre agudo y sonoro pareció producir en René el mismo efecto que si una ruda mano hubiese sacudido bruscamente su sueño. Hizo un esfuerzo por levantarse y apoyó sus dos manos

sobre el pavimento donde un momento antes yacia tendido.

—¡Las once!... murmuró sin manifestar el menor recuerdo de cuanto habia pasado.... ¿Qué tenia yo que hacer á estas horas?

El tio Juan lo sabia demasiado: abrió la boca para responder, pero le faltaron las fuerzas.

René miraba en torno suyo.

—Esta sala es ahora muy grande, murmuraba; en otra época cuando todos estábamos reunidos, parecia mucho mas pequeña.

Púsose á contar por los dedos con lentitud.

—Vicente, dijo, Diana, Elena, vuestros tres hijos, tio.... Blanca de Penhoel, Roger, nuestro hijo adoptivo.... luego Roberto de Blois, añadió hablando bajo.... y Lola.... ¿por qué nos han abandonado todos á la vez?

Se interrumpió y espermentó un fuerte estremecimiento.

—¡Oh!.... exclamó con un largo suspiro.... he aquí lo que recuerdo.

Levantóse.

Su reciente embriaguez habia dejado pocas huellas.

Tenia en aquel momento sobre su pálido rostro un resto de nobleza.

—Lo recuerdo, replicó.... ¡Esta es la hora en que Penhoel debe abandonar para siempre la casa de su padre!

Marta permanecia inmóvil y fria. Estas tristes

emociones, pero tranquilas, eran muy inferiores á las angustias que habia sufrido.

El tío Juan, al contrario, estaba profundamente afectado.

—Soy muy anciano, pensó en voz alta, y confiaba morir antes de llegar á ver esto.

Vamos, sobrino mio, ¡ha llegado la hora! ¡Que Dios te dé valor para este último sacrificio!...

René dió un paso hácia la puerta; pero su cabeza, que se erguia con arrogancia, se inclinó de nuevo. Acababa de hollar con el pié los despojos del cuadro roto que un momento antes contenía el retrato del hijo primogénito de Penhoel.

La mirada tímida é inquieta de René parecia clavarse en éste.

—Si al menos me amara, dijo con desesperacion.

Marta se levantó al fin, acercándose á él.

—René, dijo, mientras no me despidais permaneceré á vuestro lado y os amaré.

Esta última palabra salió de su boca con no poco trabajo.

Pensaba en su hija.

Estaba con los ojos bajos cerca de Penhoel, que la miraba en silencio.

—¡Oh Marta! ¡Marta! murmuró al fin, si hubiéseis querido...

Volvióse hácia el tío Juan, y señalándole con el dedo las dos espadas, le dijo:

—Gracias.

Luego se dirigió hácia la puerta del salon.

El anciano y Marta le seguían.

Atravesaron juntos el corredor desierto. Bajaron la escalera principal, donde nadie llegó á cruzarse en su camino.

Cada vez parecia mas abandonado el castillo.

Hubiérase podido verlos marchar á los tres en silencio á lo largo de las calles de árboles del jardin.

El tío Juan abrió la puerta que daba al campo.

Salió: Marta hizo otro tanto.

Penhoel dudó un momento.

—¡Valor! sobrino mio, dijo la dulce voz del tío Juan; Dios tendrá piedad de nosotros.

Penhoel se cubrió el rostro con las manos y salió sin dirigir atrás una mirada.

Apenas habia traspuesto el dintel, cuando la puerta, impulsada por una mano invisible, se cerró rudamente tras él.

Mr. Blas y Bibandier habian salido de un escondite próximo y reían los inocentes con la mayor sencillez.

